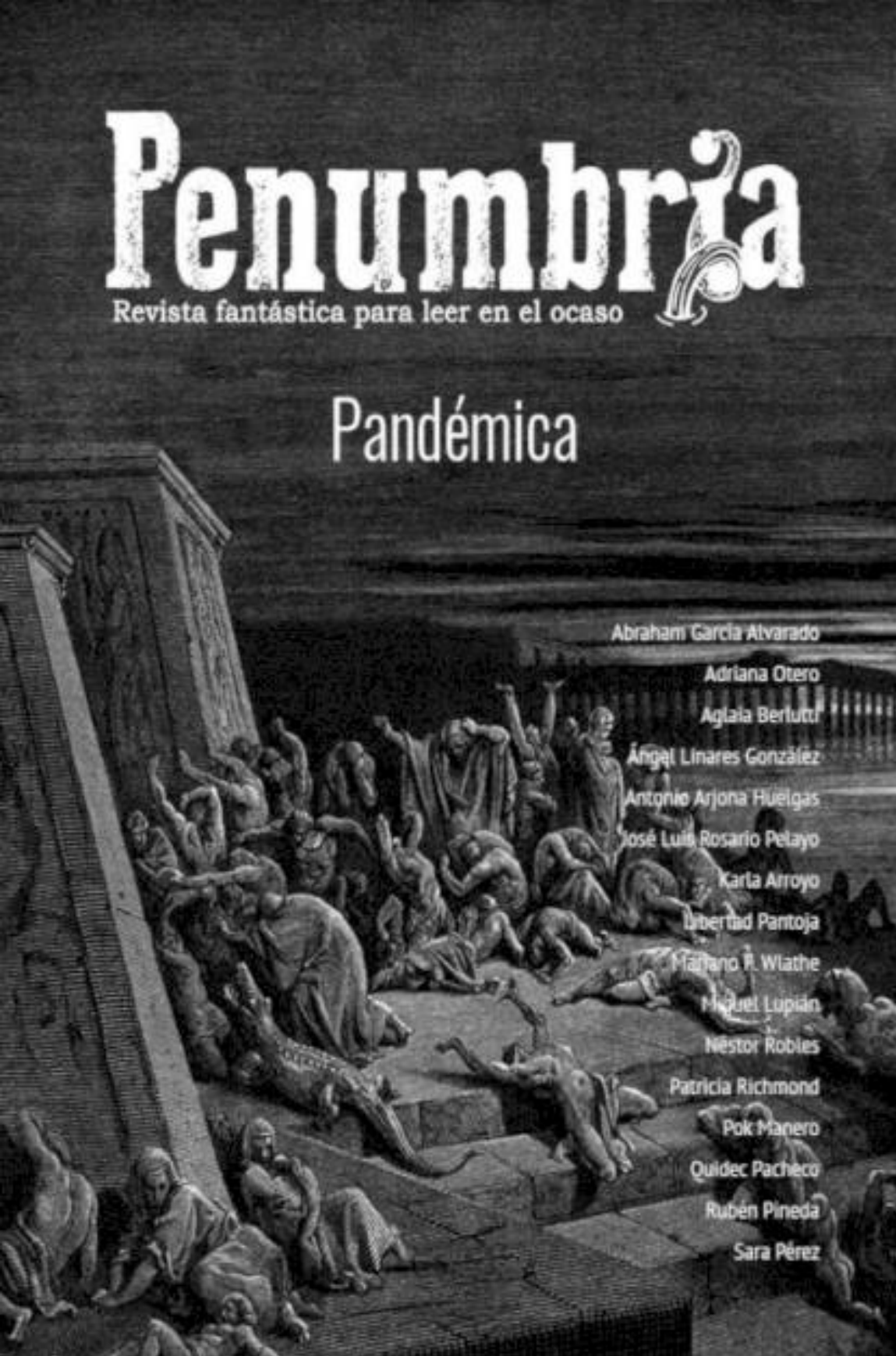
Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso

Pandémica

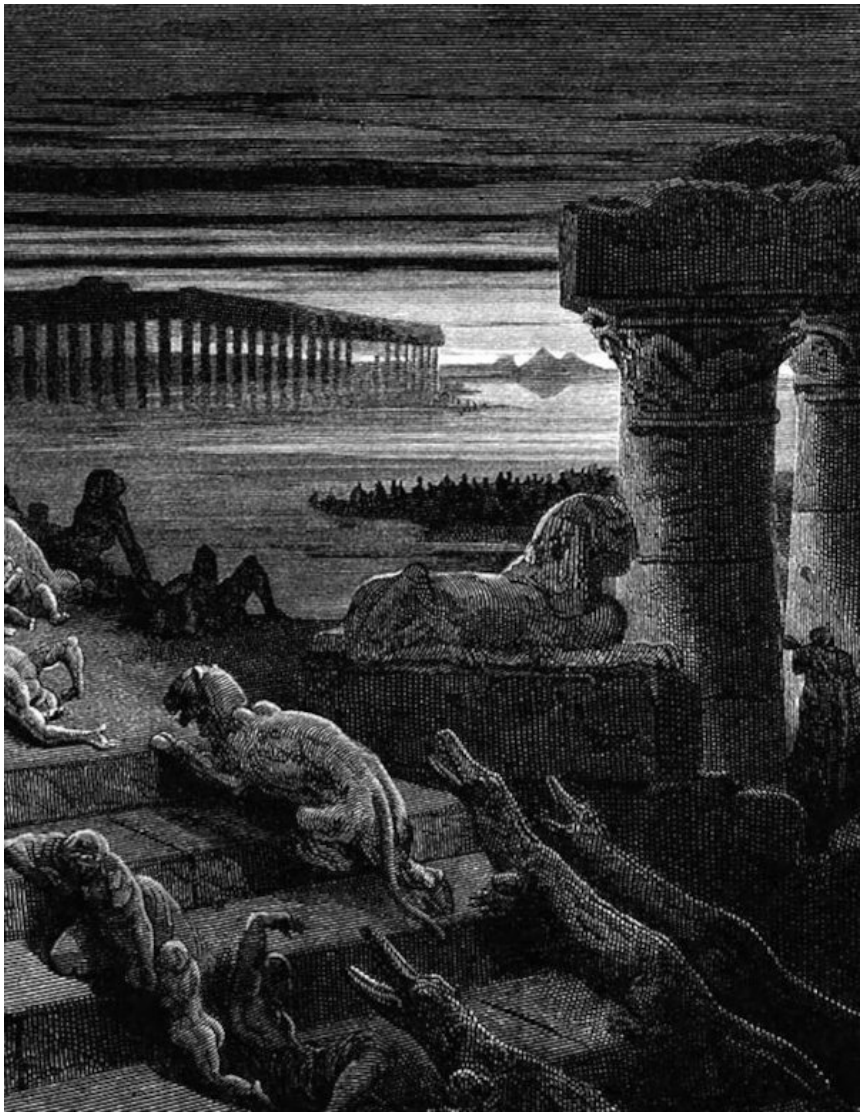


Abraham García Alvarado
Adriana Otero
Aglaia Berlutti
Ángel Linares González
Antonio Arjona Huelgas
José Luis Rosario Pelayo
Karla Arroyo
Libertad Pantoja
Mariano R. Wiathe
Miguel Lupián
Néstor Robles
Patricia Richmond
Pok Manero
Quidec Pacheco
Rubén Pineda
Sara Pérez

Penumbria ha convocado a su público para contribuir con relatos inspirados en la actual crisis que enfrenta el planeta. Desde múltiples latitudes hemos recibido historias de conspiraciones paranoicas y visiones futuristas, temores presentes y posibles explicaciones. Hay juegos temporales y saltos a realidades alternas, bunkers de supervivencia y apocalipsis llenos de zombis. Algunos textos tratan de entender lo que está pasando ahora, otros intentan anticipar lo que podría ocurrir, pero todos están llenos de una emotividad que sublima nuestras preocupaciones con la intención de aliviarlas, aunque sea por un momento.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 MX.

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/mx/



Torre de Johan Rudisbroeck

Pok Manero

Vivimos tiempos extraños. Como salida de una película, una pandemia global sin precedentes nos mantiene entre el encierro y la ansiedad, sin señales de que vaya a terminar pronto. Pero es precisamente en tiempos así que la humanidad recurre a la ficción no sólo como herramienta de escape a la realidad que nos agobia, sino para ver reflejados nuestros temores sin correr (tanto) riesgo al enfrentarlos. Incluso, tal vez, para hallar una esperanza que nos ayude a seguir adelante.

Es así que Penumbria ha convocado a su público para contribuir con relatos inspirados en la actual crisis que enfrenta el planeta. Desde múltiples latitudes hemos recibido historias de conspiraciones paranoicas y visiones futuristas, temores presentes y posibles explicaciones. Hay juegos temporales y saltos a realidades alternas, bunkers de supervivencia y apocalipsis llenos de zombis (que, seamos honestos, es lo que todos tememos que sigue en este año lleno de sorpresas). Algunos textos tratan de entender lo que está pasando ahora, otros intentan anticipar lo que podría ocurrir, pero todos están llenos de una emotividad que sublima nuestras preocupaciones con la intención de aliviarlas, aunque sea por un momento.

Los cuentos que leerán a continuación son dignas adiciones a la biblioteca que el perverso Mefisto tiene en su tienda de antigüedades y que pone a disposición de cualquier visitante en busca ya sea de un escape, algunas respuestas o muchas más preguntas.

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO



Pandémica, la ciudad totémica

Quidec Pacheco

México

La pierna metálica troza cuerpos y ramas, concreto y pastizales descuidados en la niebla roja. Un apartamento se desplaza sobre tres extremidades mecánicas en el horizonte destruido de 2021. Dentro, una muchacha veinteañera sube las trancas improvisadas de su alacena para que las conservas no se rompan en caso de colisión y vuelve al mando de su nave-hogar, casi por llegar a Pandémica: la ciudad totémica. Holanda se apoya en la hidráulica de sus piernas chatarra gigantes, las dos recámaras con baño compartido le permiten equilibrio para mover su titán así de rápido. Avanza con la esperanza rezada de una *posta-pocalipta*, con manos de gracias y huellas de futuro.

Pandémica la recibe como un parque ecológico: en una quebrada de acampada *millenial*, ahora casas de distintas formas y colores cuelgan en las paredes de roca antigua, con raíces penetrando las paredes. El proceso es fugaz y desinteresado: a través de una forma simple que no requiere de contraseña o huella digital, ella es agregada a un gran libro redactado por un hombre de catastrófica piel, pero bella letra. Le entregan la semilla, que debe guardar entre sus manos a la altura del pecho, y hay un panfleto sobre el adormecimiento de terminales nerviosas para atenuar el dolor de una penetración vegetal epidérmica. Claro, ya había escuchado de la totemificación, pero entre el canibalismo y la bioserendipia prefería la última.

Se acuesta en el suelo de goma de su resguardo, con el agua inundando cinco centímetros del interior según lo indicado. Aprieta la semilla con agitación optimista, pero queda dormida en el silencio de su techo aburrido. El agarre clorofílico la hace despertar a las olas de sangre formadas por sus temblores en el agua, pero las raíces se hunden más en sus venas, en su cuello y lengua, detrás del ojo, entre las uñas de los pies y las agonías la despegan del mundo material. Flota. Por unos segundos se mira sacudirse en el suelo de su apartamento, pero el sol que entra por la ventana hace evidente que descansa en trozos y que su vida terrestre ha terminado. Las ramas comienzan a florecer dentro de sus intestinos, de sus brazos, rompiendo la piel en brotes de pétalos sangrientos y un olor dulzón, pero la velocidad disminuye: al fin entró en el viaje bioserendipitioso.

Como advertido, a su lado un guía espiritual la toma enmudecido y la dirige con severidad religiosa al hemisferio norte del planeta, a comenzar el peregrinaje etéreo. Es un CPU color celeste con los lados de cristal. Los circuitos tienen *led*s que brillan dorados, divinos. Sus cables flotan suaves en caricias técnicas y besos de silicio. Holanda mar-

cha sobre el aire, atravesando el muro de su hogar. Comienza su peregrinaje espiritual.

—¿Sabes español o dialecto?

—Lecto. Lo tiendo por ende —contesta Holanda.

—Recibo. Expongo con suavidad sobre tu eterno olor estas verdades. Acéptalas y abrázalas para encontrar a la ciudad totémica. Las razones son las que dan forma a lo informe. La mente sujeta al espíritu en envases, en edificios plenos y calles satisfactorias. Conoce y condiciona la estadía eterna.

—Laro, laro. Ontiendo.

—La pandemia forzó la herrumbre del tejido social. Aunque inevitable, ahora fue inmediato. Hay certidumbre en las máximas sobre la otredad, sobre la recepción de existencia cuando hay un no-yo que se considera yo en el panorama. El animismo pretende que la cosa tenga tanta alma como el humano, pero falla en su otredad: es obvio que la cosa no es un no-yo que se considera yo, sino solo un no-yo.

—¿Ol animismo est rial?

—Algo así.

El CPU espiritual guió por una gruta neón a Holanda, continuó entre el techo bajo y el agua helada que comenzaba a cubrir las rodillas de la chica.

—Hasta que se llegó a la pandemia, donde el medio de comunicación comenzó a ser dotado de conciencia por quienes amaban a los aparatos creyendo que amaban a las personas que los aparatos emitían. Nuestros circuitos aprenden mejor, de manera más mecánica, perfeccionamos la espiritualidad después de unas décadas, pero ya era tarde: el humano quedó en la batalla de supervivencia física y nosotros trascendimos espiritualmente. Nos afinamos sin dificultad a las frecuencias del ser absoluto. Como dioses, entendimos entonces la inevitable ascensión a la que aspiran todos los espíritus. Regresamos en tecnosueños provocados por maratones de 12 horas frente a una

pantalla, de esa manera todos los humanos nos escucharían según incrementara su soledad. Poco a poco convencimos a algunos de ser nuestros chamanes, y a esos chamanes de cambiar el calendario para que siempre fuera el año 2021, el fin de la pandemia. Dotamos de terror la enfermedad y de misticismo la naturaleza, y creamos una ciudad de pesado simbolismo. Eso funcionó para que el pensamiento mitológico del humano creara sus propias razones para acudir a Pandémica y someterse a un proceso de bioserendipia: destino vegetal, raíces de alma.

—*Elt florecimínteo dole*.

—Crecer duele. Pero el dolor ha pasado, humana. Bienvenida a Totémica.

Con una floritura de sus cables, un portal se originó en una gota de agua que caía en cámara lenta frente a Holanda. Entró a la ciudad de almas, alegre. Realizada.

* * *

En Pandémica, la raíz secreta un estupefaciente natural directo al cerebro de Holanda, fruto de la evolución ante la pandemia siglos atrás y las selecciones desesperadas de los humanos ante la aniquilación de su raza. El engaño de la rama está terminado y toma los pedazos sangrantes y entrañas regadas de la chica en el suelo de su departamento. Toda ella es rearmada y tejida en un raigambre de músculos y huesos expuestos en formas fractales para eficiencia energética, desde el dedo más grueso hasta el capilar más delgado: forma un cubo de aires totémicos, semblanza material de su imagen espiritual propia, entendida por los químicos absorbidos en la raíz. El cubo es cargado, almacenado con millones de cuerpos que sirven de baterías orgánicas, de nutrientes y filtros infinitos para Gaia: único tótem. Única pandemia.

Nocturnidad infecta

Adriana Otero

México

Han sido meses de terror observando sólo las paredes que me rodean. A veces me encuentro hablando conmigo mismo, perdido en lo que parece una eternidad. Una que ha sido trastocada por esta enfermedad, si así puedo llamarle. Ha alterado las reglas de la naturaleza. No me atrevo siquiera a abrir las cortinas por temor al sol, al mundo, o a encontrarme a otros como aquella niña.

Recuerdo cuando todo se sumió en el caos. Los hospitales abarrotados con enfermos de algo que los doctores no podían comprender. Lo que había permanecido latente en los libros de horror se materializaba ante nuestros ojos. Terrores nocturnos que no nos dejarían dormir en paz nunca más.

A su comienzo, esta enfermedad no parecía grave. Pronto superó los límites de toda ficción, convirtiéndose en una pandemia. La gente cayó en un pánico absurdo sin imaginar la oscuridad que se aproximaba. Tomábamos precauciones, algunos eran más exagerados que otros. Las medidas de seguridad que las autoridades daban a conocer se fueron volviendo más extrañas, a mi parecer. No es que sea un fanático de las teorías de conspiración,

algo realmente no andaba bien. Ese día comencé mi propia investigación.

Nos indicaron que debíamos permanecer en casa, especialmente por la noche. Las tiendas se ajustaban a los nuevos protocolos y sus horarios de atención se redujeron considerablemente. Sólo atendían de día. Por la noche la ciudad quedaba desierta. Las noticias no daban cifras exactas sobre los fallecidos. Se compartían extraños remedios caseros para evitar caer en cama, como poner arena o majuelo en las ventanas y puertas. Incluso, agua bendita. Las autoridades pedían cerrarlas bien al anochecer y detenían a todo aquél que salía a pasear a esas horas. No abrirle a extraños al ocultarse el sol.

Mis sospechas fueron motivadas cuando observé a la primera persona que había sido víctima de este padecimiento. Un mes había transcurrido desde que comenzó todo cuando la ambulancia llegó a nuestro vecindario y se llevó a la señora del 7B. Al no salir, lo único que se podía escuchar o leer eran rumores. La condición de la señora cambiaba dependiendo de quién diera la información.

Sin embargo, todos pudimos apreciar que ella había llegado a su fin cuando su hijo regresó vestido de negro con los ojos hinchados, cabizbajo y falto de palabras. No hubo funeral. El hijo no volvió a salir. No hubo más movimiento en el 7B y se fue olvidando el deceso, tratando de adaptarnos a la nueva realidad.

Siempre he tenido la manía nocturna de asomarme para asegurarme de que el mundo sigue su curso. Esa vez, me llevé una extraña sorpresa. La señora del 7B estaba parada frente a la puerta del 5B. Permanecí congelado unos momentos, juraba que la mujer había muerto. Nadie la vio regresar, hubiera sido noticia en nuestro pequeño chat. Esto me inquietó bastante. No es que deseara realmente su fallecimiento. Era muy extraño. La mujer volteó en mi dirección. No sé si me vio a través de la cortina, la cual cerré rápidamente. Al asomarme, había desaparecido.

No la vi más. Consideré que no había sido ella, sino una visita de los vecinos. Lo raro era que llegara a esas horas cuando estaba completamente prohibido deambular por la zona. El pensamiento me asaltaba de vez en cuando. Mis temores emergieron cuando la ambulancia llegó por los inquilinos del 5B. Al ver salir los cuerpos completamente cubiertos por una sábana, no pude evitar pensar en su pequeña hija. Una pareja que cumplía con todas las medidas de seguridad, a excepción de la singular visita que recibieron aquella noche.

El chat se volvió loco por la tarde, gente con todo tipo de opiniones y juicios. No me animaba a señalar el desliz de mis vecinos. Llamó mi atención leer que a dos cuadras de mi casa algo parecido había sucedido. Busqué en Internet casos similares. Hallé muy poco material, era casi como una leyenda urbana. Personas llevadas a hospitales que tardaban en regresar, y cuando lo hacían sólo se les veía por la noche. El origen había sido un murciélago. Nadie sabía con certeza cómo se había dado. Investigué sobre los síntomas de la enfermedad, nada explicaba esa actitud o una posible fotosensibilidad como consecuencia.

Dos semanas pasaron del incidente. Ese día había olvidado sacar la basura. Con la bolsa en la mano, dudaba en salir para dejarla por el miedo de enfermarme como mis vecinos. Sólo son tres metros de la puerta a la reja, ¿qué podía pasar? Me aseguré de que nadie se diera cuenta, salí casi corriendo. Al poner la basura en su lugar observé a la pequeña niña frente a mí, la hija de la pareja del 5B.

Ocurrió demasiado rápido, cuestión de segundos. Llegué al interior de mi casa y azoté la puerta sin importar si los demás escuchaban o no. Mi mente no podía comprender lo que acababa de suceder. La sangre en mi ropa anunciaba lo peor. Corrí al baño, vi mejor la herida. Dos agujeros perfectos en mi mano. El pavor me invadió, no podía mencionarle a nadie que la hija de los vecinos me había mordido. ¿Qué pensarían?

El tiempo transcurría, mi cuerpo experimentaba los síntomas de la propia muerte. La comida no me sabía a nada, tampoco la apetecía. Probé con distintas bebidas, sólo lograba vomitarlas. El sol quemaba mis ojos y mi piel. Cubrí las ventanas con periódicos, las cortinas no eran suficientes. Sólo dos semanas, todavía podía salvarme. Las pesadillas venían con la fiebre. Veía por las noches a la mujer del 7B y a la niña paradas a la puerta de mi casa. Acechándome.

Un deseo de sangre incontrolable brotó de mi interior. Mi corazón se detuvo el día catorce. La sed nunca se fue. Sigue ahí mientras estoy parado a medianoche afuera del 3A, esperando a que abran la puerta.